

EL FONDO DEL ALJIBE

La instrucción primaria obligatoria, es el derecho del niño, que, no lo dudéis, es más sagrado todavía que el derecho del padre y, se confunde con el derecho del Estado.—

Víctor Hugo.

Toda criatura tiene un derecho absoluto a la educación; rehusársela es condenarla al embrutecimiento y a la miseria, es violar una de esas leyes divinas que jamás se desprecian impunemente. El ignorante es un peligro para la sociedad; viene una crisis, viene la pasión, y la bestia bruta suele convertirse en bestia feroz.—**Horacio Mann.**

DEDICATORIA

SR. DON ROMAN BALDORIOTY CASTRO

Mi queridísimo Román: No puedo asegurar qué admiro más en usted, si la energía y rectitud del político, o la constancia y la firmeza del ciudadano para levantar la educación y la instrucción de su país. No sé si envidiar más a los que le ofan en el Congreso durante aquellas gloriosas Cortes Constituyentes del 69 en Madrid, o a los discípulos que hoy le escuchan en el Colegio Central de Ponce.

Vaya esta noveluchita mía, **EL FONDO DEL ALJIBE**, a decirle al maestro y al repúblico cuán sinceramente le admira su paisano y respetuoso amigo,

EL AUTOR.

Madrid, 18 de octubre de 1885.

VOCABULARIO DE LOS PROVINCIALISMOS
EMPLEADOS EN ESTA NOVELITA

Bagaso.—Lo que sobra de la caña luego de estrujada.

Bambù.—Planta gramínea, la mayor de todas, que suele alcanzar una altura de 40 pies.

Bozal.—Epíteto que se da en las Antillas a los negros naturales de Africa.

Caimito.—Arbol de las Antillas que produce un fruto de la misma forma y magnitud de una manzana esperiega.

Cucuyos.—Especie de una luciérnaga del tamaño y forma de los grillos de España.

Funche con bacalao.—Constituye el alimento de los negros en las haciendas o ingenios de Puerto Rico. El funche se prepara cociendo la harina de maíz con agua o con leche.

Flamboyán.—Arbol que se cubre de preciosas flores de color purpúreo.

Guabá.—... “El más terrible y venenoso en esta isla (de Puerto Rico), es el que llaman **guabá**; comunmente se cría en los troncos de los árboles podridos. Es una especie de araña o más bien de cangrejo, su color oscuro, lleno de zancas, con una tenacita que le sale de la parte superior de la cabeza, como la que tienen los

cangrejos; con ella hieren al que por descuido pone la mano o se aproxima adonde él está; su veneno es mortal si no se aplica muy luego al remedio." Esto dice Fr. Iñigo Abad, en su Historia **geográfica civil y natural** de Puerto Rico (Nueva edición, anotada por D. J. J. Acosta, 1886), y por sus frases podrá el lector formarse una idea de lo que es un guabá, perdonándole su falta de precisión científica en atención a la época y circunstancias en que Fr. Iñigo escribía.

Parejero.—Atrevido; "el que trata de igualarse a un superior en edad, saber o gobierno", como diariamente me repetía el maestro del pueblecillo de Coamo, en los felices tiempos de mi infancia.

Trapiche.—El lugar en que se estruja la caña entre las **mazas** (dos grandes cilindros de hierro movidos por fuerza animal). La índole de esta novelita me impide hacer aquí una descripción minuciosa del trapiche.

AL LECTOR

Entre la América del Norte, ese gigantesco sajón que piensa, inventa y dirige, y ese coloso latino, la América del Sur, antojósele a la caprichosa Naturaleza extender un collar de perlas: las Antillas. Y como a los ojos del naturalista la perla es una enfermedad de la concha, que traduce el poeta haciendo de ella el símbolo del sufrimiento, así aquellas Antillas, para el observador que atentamente las estudie, son símbolo de los más tristes dolores humanos, sintetizados por la esclavitud y el coloniaje.

La primera de esas odiosas instituciones ha des-

aparecido ya en casi todas ellas (1); la segunda trata aún de cobijarse a la sombra de la bandera que sirvió de sudario a Daoiz y Velarde; pero se bambolea sobre sus carcomidos cimientos a medida que en la Península se van conociendo las cuestiones coloniales y el espíritu de justicia se abre paso.

Constituyen estas líneas la narración verídica de uno de esos dramas que, como estela de sangre, lleva la esclavitud en pos de sí.

Pero no pienses, bondadoso lector, que me propongo al escribirla traer a tus oídos el horrible conjunto de cadenas que se arrastran; que intento presentar a tus ojos el repugnante espectáculo que ofrece un buque lleno de carne humana, que el negrero empuja con el pie; que trato, en una palabra, de pintar un cuadro de la esclavitud, porque tarea es esa superior a mi modesto empeño.

Sucédeme lo que al pintor que, teniendo delante una batalla, y no atreviéndose a reproducirla entera por la falta de colores, la pequeñez del marco u otra causa cualquiera, se detiene ante un episodio, elige una figura, y la copia. Esclavos han sido los hombres y las mujeres de la raza negra, y esclavos también esos entes, que, como dice un escritor, carecen de sexo; los ancianos y los niños. De estos últimos, querido lector, voy a ocuparme.

I

El sol, próximo a ocultarse, enrojecía con sus reflejos la esbelta chimenea que, cual gigantesco al-

(1) El lector no ignora que sólo en Cuba se sostiene la esclavitud con la careta del patronato, no sin que este pueblo de las generosas tradiciones proteste indignado cuando, entre el ruido de las olas, llegan hasta él noticias como la del asesinato de la negrita Agueda, perpetrado no hace mucho tiempo en un ingenio del entonces ministro de la Gobernación, don Francisco Romero Robledo.

filer de oro, parecía clavarse en las nubes; la paja de un color amarillento-oscuro que formaba la techumbre del **trapiéche**, del depósito de **bagaso**, de la casita del capataz del ingenio; las redondas copas de los **caimitos**, la de los **mangoes** y el cafetal, aquel fresco bosque de blancas florecillas.

Poco más allá pasaba el río murmurando algo que las flores rojas, amarillas y blancas, adorno de sus riberas, impulsadas por la fresca y suave brisa, parecían inclinarse a escuchar, y luego aquella misma travesuela brisa volaba, retozando de paso con las menudas hierbecitas, a susurrarlo a la planicie de verdura que formaba el cañaveral y a los penachos de las altas palmeras que se mecían suavemente, mientras los pitirres, los ruiseñores, las tórtolas y los turpiales animaban aquel cuadro con sus píos, arrullos, trinos y gorjeos.

En medio del camino que conducía desde el **trapiéche** a la casa del **amo** se oía el chirrido de una pesada carreta que arrastraba, penosamente una yunta de bueyes.

Un negro, el viejo Juan, con su **garrocha** al hombro, iba en ella entonando melódicos cantares.

La casa parecía la mansión de la felicidad y de la calma más completa.

En el último peldaño de la escalera estaba sentada una preciosa niña de rubios cabellos y negros ojos, y a su lado se hallaba el negrito Mauricio, a quien la niña enseñaba sus estampas.

—Este es el ángel de mi guarda; mamá me lo decía antes de irse al cielo—le dijo enseñándole una.

—¿Y yo no tendré también un ángel de mi guarda?—le preguntó Mauricio.

Mr. Broulon, **el amo**, que estaba perezosamente echado en una mecedora colocada en la galería a que daba acceso la escalera, dejando escapar una redonda bocanada de humo, le dijo a su hijo Jorge, que a su lado leía atentamente **LOS MISERABLES**:

—Oye, Jorge: Mauricio se ha figurado que, así como ángeles rosados y rubios que protegen a los niños blancos, habrá también algún angelito negro que lo proteja a él.

—¡ Quien sabe, papá! Quizás los ángeles no tengan color alguno.

Mientras tanto, el carro se acercaba al grupo que acabamos de bosquejar, y su conductor entonaba con dulce y melancólico acento una estrofa popular que decía:

No saben los adivinos
por dónde el tormento viene,
porque la desgracia tiene
once mil y más caminos.

II

—¡ Mauricio! ; Mauricio! ; ¿Dónde está ese holgazán? Tú, José, ve a buscarlo y tráelo por una oreja! Las nueve, y todavía no me ha limpiado las botas!

Así exclamaba Mr. Broulon paseándose por su cuarto. A cada una de las pisadas con que señalaba su paso, se oía un crujido de las maderas que anunciaban los movimientos de su corpulenta figura. Los cabellos rubios y lacios, y la espesa, larga y desgredada barba se movían al impulso de la brisa que penetraba por la abierta persiana. Sus mejillas tenían un tinte colorado que acusaba un temperamento sanguíneo y en ellas; como en la gruesa nariz, se veían unos puntos rojos que bien a las claras anunciaban la afición al brandy del dueño de "La Esmeralda"; tal era el nombre de la hacienda.

Al cabo de un momento entraba el negro José, quien, cumpliendo la orden recibida, traía al negrillo de una oreja.

—Déjalo—dijo Mr. Broulon a José.

Este se retiró, y el amo, dirigiéndose a Mauricio,

—¿Qué hacías?—le preguntó con tono seco.

—Pues....—balbuceó el pobre niño—fuí a coger un nido de **judíos** para niña Aurora en los **bambús** de la orilla del río. Mi amo, yo volvía corriendo.... pensaba que su mercé no se habría levantado....

—Basta. Dame las botas. Supongo que ya las tendrás limpias.

Mauricio les dirigió una mirada, y al verlas recostada una sobre la otra y salpicadas de barro, no pudo contener un movimiento de terror.

No tuvo tiempo de más. Se sintió arrojado al suelo por un tremendo puntapié, se levantó, cogió las botas y salió corriendo.

III

Rompiendo la oscuridad de la noche, mil **cucuyos** cruzaban en todas direcciones, dibujando extrañas y fosforescentes figuras. Los alrededores de la casa estaban completamente solitarios.

El viento rasga una oscura nube, y la luna aparece en el espacio iluminando los objetos con una pálida claridad. Merced a ese débil resplandor, cualquier curioso hubiera podido contemplar a Mauricio, que sollozaba tristemente apoyando sus brazos en la baranda del aljibe, de donde durante todo el día los criados de la casa sacaban agua.

—No tengo nadie—pensaba—que me quiera y me proteja!

Y, en efecto, su madre, la cocinera Agripina, pasaba todo el día junto al fogón, y a él no le permitían entrar allí desde que la gata se comió una torta, y, a pesar de su inocencia, le echaron la culpa. En cuanto a su padre, nunca había oído hablar de él, ignorando hasta si existía....

De pronto Mauricio se sintió extraordinariamente sorprendido. Había alguien que respondía a sus sollozos con otros sollozos, alguien gimoteaba tam-

bién, alguien compartía con el pobre niño los dolores y sufrimientos de su corazón.

Pero ese alguien, ¿quién podría ser? Indudablemente allí había algo desconocido y misterioso. Entonces empezó a recordar Mauricio los cuentos fantásticos que el negro Juan siempre refería; las fabulosas leyendas de hadas, genios y apariciones se presentaban a su mente; pero él recordaba también que Jorge se reía de los fantasmas y decía que todo eso era una pura mentira.

Y, sin embargo, había oído que sollozaban, y aquellos sollozos parecían partir del fondo del aljibe. El negrillo, alzándose sobre la punta de sus desnudos pies y apoyándose en el brocal, asomó la rizada cabecita al redondo y negro boquete.

La oscuridad más completa reinaba allí. Su mirada, por más que escudriñase, no pudo hallar más que las tinieblas del misterio.

Empezó a creer que los ruidos que antes escuchara habían sido tan sólo ilusorios y con ese triste convencimiento cayó de nuevo en la melancolía que antes le dominaba.

Todo el sentimiento de su alma pareció condensarse en un quejido. Mauricio se estremeció de terror; ya no podía dudar: otro quejido le había contestado desde el fondo del aljibe.

—Aquí—pensó—aquí hay un genio encantado.

.....

IV

El miedo, el espanto, el terror más profundo se apoderó de su ánimo.

Una especie de temible delirio, un vértigo indescriptible comenzó a enseñorearse de su infantil imaginación.

Inclinándose más, le pareció distinguir una lucecita primero, luego otra y otra más, y después éstas des-

aparecían y reaparecían formando algo como ramilletes de fuegos artificiales. De un rincón vió surgir una vieja vestida de cura cabalgando en un palo de escoba por el aire, y detrás de ella, y con una velocidad espantosa, vió pasar un jorobado con alas de murciélago, un repugnante mono con retorcidos cuernos y largo rabo, una cotorra con cara de vieja, cuyas piernas elásticas, estirándose y encogiéndose como si fueran de goma, le permitían dar gigantesco pasos; volando en un carro tirado por grandes mariposas negras creía ver a una mujer de preciosísimas y mal veladas formas, como remate de cuyos torneados hombros se veía una horrible cabeza de lechuza.

.....

Se oyó un grito ahogado y el ruido de un cuerpo que caía en el suelo.

V

Agripina, la pobre madre, había llorado mucho. Hacía dos días que Mauricio estaba en cama, con fiebre y con delirio, pronunciando palabras incoherentes. La niña Aurorita habíale estado ayudando en el cuidado de su hijo, echándose de enfermera, y, a pesar de su poca edad, justo es decir que le atendía con una solicitud y esmero dignos de encomio.

Cuando el médico llegó y se le dijo que Mauricio había sido encontrado con un desmayo al lado del aljibe, escribió una receta, prohibiéndoles que le dieran alimento alguno.

Al tercer día por la mañana, el pequeño enfermo se despertó con hambre, y pidió algo que comer. Su madre le respondió que el médico había mandado que no se le diera nada.

Al poco rato llegó Aurorita. Venía comiendo un sorullo, y Mauricio, con los ojos húmedos,

—Niña, deme un poquito—la dijo.

Aurorita dirigió una mirada alrededor, y no viendo a nadie le dió el sorullo; el negrito lo comió con avidez, y después cogió la cabeza de la niña, estampando en su frente un beso de gratitud.

Agripina, que en aquel momento pasaba por delante de la puerta medio entornada, dijo para sí:

—Pobrecitos, si ellos supieran!..

Y una lágrima de profundo dolor resbaló por su mejilla.

VI

Habían pasado algunos días, y Mauricio se había repuesto y vuelto a sus habituales tareas. Una tarde, en la alfombra de cèsped que delante de la casa se extendía, jugaba con Aurorita. Distraerla y cuidar de ella era una de sus ocupaciones, la más grata para él.

Con el espaldar de la silla apoyado en el tronco del **caimito** que crecía junto a la escalera, y con su puro habano en la boca, como siempre, estaba Mr. Broulon al lado de Jorge, que, sentado en el suelo, le hablaba de mil diferentes cosas.

De pronto Mr. Broulon preguntó a su hijo:

—Vamos a ver, Jorge: hace un año que concluíste el bachillerato, y ya es hora de que sepamos qué piensas hacer.

—Pues pienso estudiar.

—Bien, pero, ¿qué piensas estudiar? ¿Qué te gustaría aprender?

—Te diré, papá; me gustaría estudiar muchas cosas.

—¡Hombre! Me hace gracia la respuesta! Ese es el medio de no saber nada. El que mucho abarca, poco aprieta.

—Bien; pero es que yo no abarcaría mucho de un golpe, sino que poco a poco trataría de ir aprendiendo todo aquello a que sintiese afición.

—¡Bah!, ¡bah! Déjate de necedades, que con eso no

conseguirás más que perder el tiempo. Así te encontrarías hecho un hombre y sin una carrera, y cuando las gentes preguntaran: ¿Qué es el hijo de Mr. Broulon?, habría que responderles: Nada... un quidam con dinero. Y eso no puede ser; con que no me hagas incomodar.

—Bueno papá; tendré un título, puesto que tú lo deseas. Habré de aprovechar el tiempo según el criterio de los otros, prescindiendo del mío; pero, puesto que tú lo quieres, así lo haré.

—Y, por fin, ¿qué carrera estudiarás?

—Me gustan los estudios sociales, la historia de la Humanidad y sus leyes biológicas.

—Bueno; déjate de palabras que no entiendo, y dime qué carrera es ésa.

Pero Jorge, absorto en sus ideas, pareció no escucharle, y continuó:

—Pero también me gusta el estudio de las ciencias físico-naturales; sondear con el microscopio lo infinitamente pequeño, y con el telescopio lo infinitamente grande; arrancar a la Naturaleza sus secretos y admirar esos misterios con los que el sabio goza y de los que el ignorante se asombra.

Al oír esto, Mauricio se detuvo.

Aurorita le había mandado coger una mariposa que revoloteaba sobre las florecillas, y que acababa de posarse en una de ellas. El niño, con su sombrero de paja en una mano para atraparla, había ya puesto una rodilla en tierra, y el sombrero iba a caer sobre el objeto de su persecución; pero de pronto el negrillo había quedado inmóvil.

—¡Vamos! ¿Acabarás de decir qué quieres ser?—le dijo Mr. Broulon a Jorge.

—Escuchar secretos... conocer misterios con los que uno se asombra!—pensaba Mauricio.

—Seré médico—respondió Jorge a su padre.

VII

—¡Que se te escapa!—gritaba Aurorita a Mauricio—que se te escapa!.. Se escapó!

Y la niña, viendo a la pintada mariposilla levantar el vuelo, se echó a llorar.

—¿Por qué lloras?—le preguntó Mr. Broulon

—Porque Mauricio ha dejado escapar la mariposa. ¡Bobo—añadió—, ¡bobo!, que la dejaste irse después de haberse estado tanto rato quieta.

—¡Bruto! ¡Animal!—exclamó Mr. Broulon, y agarrando un libro que Jorge tenía a su lado, lo arrojó sobre el negrilla, a cuya cabeza fué a parar.

Mauricio se tambaleó, puso una mano en el suelo para no caer. Jorge intervino. Aurorita se le acercó; movida por la compasión quiso consolarle, y Mr. Broulon le amenazó con una soberbia paliza si volvía a oír llorar a la niña.

El joven recogió su libro: era el ORIGEN DE LAS ESPECIES, de Darwin.

Mauricio, gimoteó un poco y después se calló. Cuando los demás subieron a comer, él atravesó por debajo de la casa entre las columnas de hierro que la sostenían: llegó al patio, donde una negra echaba maíz a las gallinas y otro criado sacaba agua del aljibe con un **balde** atado al extremo de una soga que atravesaba por la chillona polea, enmohecida por la humedad y el tiempo.

El se acercó al aljibe, echó una mirada al fondo, y sin decir una palabra se fué pensando:

—Sí; aquí hay uno de esos secretos, uno de esos misterios.

VIII

Cuando todos estuvieron acostados en la casa, Mauricio salió en puntillas. Bajó la escalera, se dirigió al patio y se acercó al aljibe conteniendo hasta el alien-

to para no hacer ruido. Una vez que estuvo allí, asomó su cabeza y estuvo mirando largo rato.

De pronto se le ocurrió una idea; cogió la sogá a cuya extremo estaba el balde y la movió suavemente. Esto produjo alguna oscilación en la superficie, y hubo un momento en que creyó ver dos ojos muy abiertos que le miraban fijamente. Era que el agua, en una de sus oscilaciones, alcanzando un fugitivo rayo de luna, reflejó su propia imagen. Pero Mauricio no se daba cuenta de ello, y aterrado soltó la cuerda y se retiró algunos pasos. Aquel movimiento brusco produjo algún ruido, y el negrillo, temiendo que alguien le oyese, echó a correr, subió de puntillas la escalera y se encaramó en su catre. En vano cerraba sus ojos; por todas partes le parecía ver dos pupilas que le miraban con fijeza.

Cuando la primera claridad de la mañana empezó a iluminar el horizonte, el niño se quedó dormido con el convencimiento profundo de que el pozo estaba encantado.

IX

Desde aquel día el fondo del aljibe fué la preocupación constante de Mauricio. No había transcurrido una semana cuando el negrillo, una noche, volvió a ver **al genio encantado**. Su pensamiento parecía pugnar por escaparse de sus labios. Por fin murmuró a media voz:

—Secretos... misterios con que uno se asombra!

—...sombra!—repitió una voz.

—¡Ah!—se dijo el niño— Una sombra! ¡Es una sombra!

Y sentía su corazoncito palpar precipitadamente. En sus diez años de vida nunca le había sucedido nada tan extraordinario; sin embargo, trató de sobreponerse al miedo y volvió a preguntar:

—¿Eres una sombra encantada?

—...ada—fué la respuesta.

—¡Hada!—se repitió Mauricio.

Y ya se imaginaba una joven hermosa con una corona de flores y de estrellas envuelta en una gasa blanca, con su varita mágica en la mano, con la cual haría círculos en el aire y con ellos derramaría a millares sus dones sobre el feliz mortal, a quien se dignase proteger. ¡Ah! Si quisiera protegerlo a él, que no podía ver a su madre más que a la hora de comer y de dormir, a él, que ni aún había conocido a su padre!

—¡Hada, hada!—exclamó.

—..ada, ada—repitieron, llamando sin duda a la reina.

—¿Estás aquí?

—..aquí—respondió la voz.

—¿Serás tú tan buena que me protejas siempre?

—...siempre.

—Y como a niña Aurorita la guía su ángel, ¿me guiarás también?

—...también.

Aquellas eran demasiadas emociones, pero Mauricio quiso aún hacerle otra pregunta:

—Y si hago lo que me mandes, ¿tendré lo que quiera, lo tendré todo?

—...todo—respondió la voz.

X

Mr. Broulon y su hijo habían convenido en que el último saldría para Londres en el primer vapor que zarpase de la capital, con objeto de estudiar allí su carrera.

A fin de hacer sus preparativos de viaje, y para comprar sombreros, botas y algunas friolerillas más, ordenó a Mauricio que se fuese por la mañana al pueblo de A, próximo a la hacienda, con objeto de que le trajese las compras. El muchacho, obedeciendo la orden recibida, salió a pie por una vereda. A los cin-

co minutos de marcha, sintió a sus espaldas el trotar de un caballo. Volvió la cabeza, y vió que cabalgando en él se acercaba el joven, **niño Jorge**, como, según la costumbre del país, se le llamaba (1).

Jorge tendría unos diez y nueve a veinte años; era moreno, alto, y el sombrero de grandes alas que llevaba puesto ocultaba una ancha, cuadrada y pensadora frente. Cuando se halló junto al negrito detuvo el paso de su caballo, y dando algunas palmadas en el cuello del noble animal, dijo a Mauricio:

—¡Hola, chiquitín! Te sonrías. ¿Es que estás contento porque me voy?

—No, **niño**—le respondió Mauricio;—su mercé es muy bueno, y yo sentiré mucho no esté aquí.

—¿Te gustaría venir conmigo a Inglaterra?

—¿Y mamá? Entonces no la vería nunca.

—¡Tienes razón! ¡Pobrecillo!

—¿Y cuando el niño Jorge entre en la Uni.... en la U....

—En la Universidad querrás decir.

—Sí, en la Universidad, allá **duropa** de **Inglaterra**; cuando entre; ¿a que no se acuerda más del negrito Mauricio?

Jorge se sintió muy conmovido por aquel rasgo de cariño tan espontáneo.

—¿No me he de acordar? Y cuando vuelva, ¿qué quèeres que te traiga?

—Pues mire, **niño**, tráigame su mercé un vestido **pa mamá**.

(1) A muchas personas he visto sonreírse al oír que en las Antillas españolas los criados hablaban del **niño**, refiriéndose a su señor por avanzada edad que tuviese, y yo me figuraba que esto dependía de que aquí nunca se escuchaban tales cosas. Imaginaos mi sorpresa cuando, a mi llegada a la villa y corte, fuí a entregar una carta a una viuda que frisaba en los sesenta, y me contestó su doncella que la **señorita** había salido. Lo cual justifica aquel refrán de que "en todas partes cuecen habas."

—Bien; es muy hermoso que quieras un regalo para tu madre. Eso corre de mi cuenta. Pero para ti, ¿qué quieres?

—Pues.... no sè.... nada. Lo que yo quisiera sería decirle una cosa antes de irse, pero.... no me atrevo. El niño va a decir que soy muy **parejero**.

XI

—No tengas cuidado, no te diré nada.

Y Jorge, al animarle, sentía cierta curiosidad que el tono del muchacho despertaba. Su caballo iba al paso, y Mauricio se acercó a él como si tratase de no ser oído.

—Niño Jorge—dijo después de un momento de meditación, en el que trató como de buscar una frase para empezar una confidencia—yo he descubierto un secreto.... un secreto que a su mercè le gustará saber.

—¡Un secreto!—dijo Jorge dando muestras del mayor asombro—. ¿Será posible? Y luego murmuró: —No puede ser! En fin, veamos; añadió en alta voz—dime, ¿qué secreto es ése?

—Es un misterio, niño; ¿su mercè se acuerda del día aquel que hablaba con el amo?....

Jorge sintió una oleada de sangre que le subía a la cabeza, y, parando el caballo, se quedó mirando fijamente a Mauricio; éste prosiguió, un tanto desconcertado por el brusco ademán de Jorge:

—Si no fuera por su mercè, yo no sabría qué era un secreto, un misterio.

—Muchacho, ¿qué estas diciendo? ¿Cómo es eso? ¿Tú te pones detrás de las puertas a escuchar?

—No, niño, no me riña.... yo no me he puesto a escuchar.... no! Yo jugaba con niña Aurorita....

—¿Dónde? ¿Dónde?—preguntó Jorge muy agitado.

—Pues allí delante de la casa, junto al caimito.

—No, niño, si ustedes hablaban allí junto a nosotros.

—¿Cómo? Si papá y yo no hemos hablado de eso más que una vez.... en su cuarto; ¿y cómo?....

La situación de aquel joven y la del negrillo era bien rara. Ni el primero entendía a éste, ni éste le entendía a él.

XII

En aquel momento se le acercó Eugenio, antiguo compañero de Jorge, que había estudiado con él en la misma escuela, y cuyo padre era dueño de la hacienda que colindaba con la "Esmeralda", y amigo de Mr. Broulon.

—¡Jorge!, ¡Jorge! ¿Con que te vas?—preguntóle, acercándose.

—Sí, chico.

—Pues iba en busca tuya para que pasáramos el día juntos. Ya que por fin te encuentro, manda un recado a tu padre y vámonos a mi casa.

—Iría con mucho gusto.... pero tengo que hacer unas compras en el pueblo....

—No importa— le interrumpió Eugenio—te acompañaré, y luego nos iremos a casa.

—Bueno, vamos.

Y Jorge dobló por la derecha.

—¿Qué haces?—le preguntó Eugenio.

—¿No vamos a tu casa? Por aquí es más cerca.

—¿Pero no vas antes al pueblo?

—¡Es verdad!

—Vaya, chico, voy a creer que no estás en cabal juicio.

XIII

Mauricio, con su camisa de cuadritos azules sobre fondo blanco, su incoloro pantalón de dril, su estropeado sombrero de paja y sus pies desnudos, esperaba impaciente la vuelta de niño Jorge.

Ya era de noche, y él no podía tardar. Y, en efecto, al cabo de unos segundos entró con su caballo a ga-

lope tendido por la alameda de flamboyanes que ponía en directa comunicación la casa con la carretera. Hay que advertir que este pomposo nombre daban los vecinos del pueblo a un camino ancho y lleno de profundos baches por donde, sobre todo en los días de lluvia, sólo a caballos y carretas era dado transitar.

Mauricio adelantándose, cogió las bridas del caballo, Jorge saltó al suelo.

—Déjalo en la cuadra, y ven en seguida.

El chicuelo, que no deseaba otra cosa, obedeció, presentándose al cabo de un momento.

—Vamos a ver—exclamó Jorge—espero que me revelarás ahora el secreto de que hablaste por la mañana.

Mauricio hallábase no poco sorprendido de oír el tono seco y fuerte que empleaba Jorge. ¿Por qué le hablaba de aquella manera, él, tan cariñoso siempre?

—Venga conmigo—respondió por fin.

Y volviéndose, guió a Jorge hacia el patio de la casa, sin que se escuchara otro ruido que el que producían las espuelas del joven hasta llegar junto al brocal del aljibe.

Una vez allí, Mauricio rompió el silencio.

—Su mercé decía la otra tarde que quería saber secretos.... cosas.... así.... raras; y como aquí hay uno de esos secretos, yo quiero que lo vea.

En el ánimo de Jorge se había verificado una transformación notable. La inquietud que antes le dominaba habíase trocado en una especie de compasión, que se traducía por una sonrisa, mitad de lástima, mitad irónica.

—¿Dónde está el secreto?—preguntó.

Mauricio, sin responder, se inclinó apoyándose en el brocal.

—¡¡Eh!!—gritó.

—¡¡.... e e e!!!....—repitió una voz.

Jorge, que ignoraba lo que el lector sabe, encontró aquello sumamente extraño. Y en efecto; en cualquier

ra otra ocasión en que se hubiera hablado delante de Mauricio de **secretos y misterios de la Naturaleza**, hubiera sido lo mismo que si le hablasen en griego; pero teniendo la imaginación excitada por un hecho para él sobrenatural, tales palabras le hicieron el efecto de una revelación.

Jorge, que creía que el descubrimiento de aquel sencillo fenómeno era la consecuencia de haber oído la citada frase, sentíase admirado por tal rasgo, que juzgaba de intuición profunda en el ignorante negrillo.

La expresión de asombro que por tal causa retratábase en su fisonomía, fué interpretada a su gusto por Mauricio.

—Es el eco—dijo por fin Jorge, y se retiró pensativo.

—Eleco!—repitió Mauricio, que nunca había oído hablar de semejante cosa.— ¡Eleco!

—... ¡le co o!—respondió la voz desde el fondo del aljibe.

XIV

Habían trasecurrido apenas dos meses desde la marcha de Jorge, cuando Mr. Broulon recibió de su hijo la siguiente carta, entre otras que creo innecesario transcribir:

“Londres, 6 de abril de 188..

“Mi querido padre: Desde que estoy aquí no he recibido más que dos cartas tuyas, y esto me entristece, porque desearía tener de vosotros noticias con más frecuencia. Además, eres muy lacónico. No me dices de Aurorita nada, pues con sólo decirme que está buena no me contento. Sólo me hablas de negocios, y yo quisiera que me escribieses más extensamente.

“Tengo un malestar inexplicable. ¿Te acuerdas de aquel mayordomo gallego que tuvimos? ¿Te acuerdas que cuando se ponía **cariacontecido**, y le preguntábamos los niños por la causa de su tristeza, nos con-

testaba siempre que tenía **morriña**? Pues lo mismo tengo yo: una nostalgia que no me deja vivir.

“Londres con su constante niebla y su ambiente enrarecido, me produce una penosa impresión. Meter la cabeza en un fanal como el que cubría el San Antonio que había en el cuarto de mamá; meter la cabeza allí, tapando por debajo para no dejar que se renueve el aire, y esperar a que el cristal esté bien empañado, eso es vivir aquí: tener siempre un peso en la sien y una nube en los ojos.

“Te voy, pues, a suplicar.... ¿no es verdad que no me lo negarás?... te suplico, papá de mi corazón, que me mandes a Francia. Estudiaré allí mejor, créeme, porque aquí concluiría por enfermar. Esto no se ha hecho para mí. Es como encerrar una mariposa en el sótano de una casa. Una mariposa **diurna** se entiende, porque entre las mariposas, como entre los hombres, hay de todo, y las nocturnas viven muy bien en una eterna noche. Y aún a esas las deslumbra y atrae la luz.

“Complace, pues, a tu amantísimo hijo. Creo que en París he de sentirme mucho mejor, y allí no echaré quizás tanto de menos la brisa y el sol de mi querida tierra.

“Dale un millón de besos a mi hermanita, recuerdos a mi amigo Eugenio, y tú recibe el corazón de tu hijo

JORGE.”

—Vaya, vaya—exclamó Mr. Broulon al leer la carta.— Este muchacho tiene la cabeza llena de viento! En fin, lo mandaremos a París. Escribiré a la casa Cherlier y compañía, abriéndole allí un crédito.

—¡Mauricio! ¡Mauricio! Trae a la niña. ¿Oye, Aurorita; es preciso que aprendas a escribir pronto para que le cuentes a tu hermano tonterías. El quiere que pierda mi tiempo llenando papel con simplezas, y las mujeres sabéis hacer eso mejor que los hombres.

—Está bien, papá; hoy ya le he escrito a la maestra una plana de **aes**, y no tenía más, que dos borrones, y eso chiquititos; así es que pronto le podré escribir.

—Vaya, ahora vete, y que ése te entretenga. ¿Qué hacías?

—Jugábamos a visitas—respondieron a un tiempo Aurorita y Mauricio.

—¡ Bueno, largaos!

Y mientras Mauricio se ponía un sombrero viejo de castor, que le sirvió a Jorge en otro tiempo, y cogía una caña en la mano a modo de bastón para representar un papel de **caballero** en el juego, estaba pensando:

¡—Ah, si yo supiera escribir, qué carta tan larga le **ponía** a niño Jorge!

XV

Mi queridísimo Ermano Jorge: no sabes lo que me halegro de poder escribirte. Pero ahora me pasa que no sé qué ponerte después que estado tanto tiempo pensando en las muchísimas cosas que tenía que desirte.

Sabrás que e crecido mucho y que el año que viene ya me pondrán de largo. Tengo unas ganas de tener Cola! Mauricio no me deja escribir, porque no ase más que desirme que te ponga que si te acuerda de él y que él se acuerda muchísimo de ti.

Yo estoy deseando berte para ber si el bigote que tienes en el retrato que nos Mandaste es de berdad, o si hes pegado como el de unos cómicos que vinieron al pueblo y que se Los ponían para aser la fanción. Me parecé Mentira que tengas tantos bigotes como Papá. Me dan Ganas de llamarte Papaíto.

Sabrás que me cortaron los risos y que me han buuelto asta los ombros.

La alegría que Jorge experimentó al leer tan disparatada epístola fué inmensa. Contó los borrones que tenía, eran seis no más; las letras eran grandes, no pocas las enmiendas y en cambio innumerables las faltas de ortografía.

Después de leer cerró los ojos como para recordar.... porque aquella carta le trafa tantas cosas a la memoria!....

—Vaya, vaya!—pensaba Jorge. ¿Con que ha crecido? Pues es lo natural. Y ya sabe escribir, y Mauricio.... ah! Mauricio no sabe.... ni sabrá nunca. ¿No es una infamia tenerle en ese estado de absoluto embrutecimiento? ¿Qué podrá esperarse de ese niño? Un ser abandonado a sus instintos.... ¡Oh, eso es inicuo! Le mandaré un abecedario. Pero, ¿quién le enseñará a descifrarlo? Le hará el mismo efecto que a mí un jeroglífico egipcio. Siempre que pienso en Mauricio, me acuerdo de la frase de Víctor Hugo: “La instrucción primaria obligatoria es el derecho del niño, que, no lo dudéis, es más sagrado todavía que el derecho del padre y se confunde con el derecho del Estado.”

¿Y más sagrado que el **derecho del amo** no será?

Pero, ¿y qué le escribo yo a mi padre de estas cosas? Me contestará que en la próxima zafra el muchacho podrá ya ser útil; y por lo demás—dirá mi padre—¿qué falta le hace leer ni escribir para cortar caña?

Deseando distraerse, cogió el preocupado Jorge la pluma.

—Voy a escribir la Memoria; ¿por qué no? Hoy me siento más animado que nunca; el tema es precioso: **Los movimientos instintivos y el Código Penal**. No me importa que la Academia no me premie. ¿Y por qué no han de premiar mi trabajo? Le pondré por lema aquella frase de Horacio Mann, el ilustre norteamericano fundador de las escuelas comunales: “El ignorante es un peligro para la sociedad; viene una cri-

sis, viene la pasión, y la bestia bruta suele convertirse en bestia feroz.”

¡Demonio! El recuerdo de Mauricio parece que me anima....

Y Jorge se puso a escribir. De vez en cuando abría alguno de los libretos que estaban sobre la mesa para consultarlos.

Luego descansaba un instante, encendía un cigarrillo, echaba la cabeza atrás, y con distraída mirada seguía las ondulaciones del humo o recorría los adornos del techo.

En aquellos instantes de reposo acordábase de su familia, y de su país, y de la alameda de floridos flamboyanes, cuyas verdes hojas apenas se distinguían, ocultas por las flores que se apiñaban, luciendo sus esplendentes colores en el extremo de las ramas.

XVI

Todo respiraba fiesta y alegría en la “Esmeralda”.

La noticia de que Jorge acababa de examinarse con brillantísimo resultado de las asignaturas del cuarto año era tan grande motivo de pláceme, que Mr. Broulon había resuelto celebrarlo con una fiesta de familia.

En la mesa había muchos invitados, y la conversación era viva y animada.

Las señoritas charloteaban, ocupándose de si el retrato de Jorge estaba tan bien hecho que no tenía un solo pliegue en la levita; las mamás, de cómo se hacía el bacalao a la vizcaína; Mr. Broulon, con un amigo suyo, de la cosecha y del precio que alcanzaría el azúcar; y como había un muchacho hubo un pipopo. Era Eugenio, el amigo de Jorge, que dirigiéndose a uno de los viejos más jóvenes que allí se encontraban, le dijo:

—Padre, ¿sabes que Aurora está ya hecha una señorita, y muy linda por cierto?

—Lo cual te impide hacer esa observación a gritos, porque se pone como una amapola.

Y así fué. Aurora, afectando no oír, se había ruborizado y confundido. Era la primer lisonja que escuchaba! ¿Queréis decirme qué capullo de rosa no se colorea al primer rayo de sol que acaricia sus entreabiertos pétalos?

Sólo las llamadas **rosas de te** se ponen amarillas, y la hija de los trópicos nada tenía de las rosas de te.

XVII

Cuando la fiesta hubo concluído, montaron los convidados en sus coches y salieron por la avenida de flamboyanes.

Sólo dos, Eugenio y su padre, una vez a caballo separáronse de los otros, dando media vuelta a la casa para buscar un atrecho por el que más prontamente habían de llegar a la suya.

Hablando iban a medida que caminaban.

—Jorge es un joven de mucho talento—decía el padre.

—Y Aurorita, una criatura preciosa— contestó el hijo.

—¿Te gusta?—preguntó el primero.

—Mucho—contestó el segundo.

—Pues mira—observó el padre—tiene unos ochocientos mil duros de dote.

—Padre, me conviene—afirmó Eugenio.

—Pienso lo mismo.

En aquel momento dos luces de siniestro brillo centellearon entre las matas que se alzaban a los lados del sendero, y un negro joven de unos diez y seis años, salió cuando ellos hubieron pasado.

Anduvo con ligereza el trayecto que para llegar a la casa le faltaba, y escondiéndose entre las sombras escuchó un momento.

—Lo cual te impide hacer esa observación a gritos, porque se pone como una amapola.

Y así fué. Aurora, afectando no oír, se había ruborizado y confundido. Era la primer lisonja que escuchaba! ¿Queréis decirme qué capullo de rosa no se colorea al primer rayo de sol que acaricia sus entreabiertos pétalos?

Sólo las llamadas **rosas de te** se ponen amarillas, y la hija de los trópicos nada tenía de las rosas de te.

XVII

Cuando la fiesta hubo concluído, montaron los convidados en sus coches y salieron por la avenida de flamboyanes.

Sólo dos, Eugenio y su padre, una vez a caballo separáronse de los otros, dando media vuelta a la casa para buscar un atrecho por el que más prontamente habían de llegar a la suya.

Hablando iban a medida que caminaban.

—Jorge es un joven de mucho talento—decía el padre.

—Y Aurorita, una criatura preciosa— contestó el hijo.

—¿Te gusta?—preguntó el primero.

—Mucho—contestó el segundo.

—Pues mira—observó el padre—tiene unos ochocientos mil duros de dote.

—Padre, me conviene—afirmó Eugenio.

—Pienso lo mismo.

En aquel momento dos luces de siniestro brillo centellearon entre las matas que se alzaban a los lados del sendero, y un negro joven de unos diez y seis años, salió cuando ellos hubieron pasado.

Anduvo con ligereza el trayecto que para llegar a la casa le faltaba, y escondiéndose entre las sombras escuchó un momento.

Los invitados se habían ido ya y no se percibía el más leve rumor.

Entonces salió cautelosamente al patio, acercóse al brocal del aljibe, e inclinándose y haciendo con las manos una especie de bocina, preguntó a media voz:

—¿Será suya?

—....suyaa....

Al oír lo cual, apretó los puños y los dientes, alzó la cabeza y dirigió al cielo una mirada de odio, mejor dicho, una muda maldición.

XVIII

Los tablones viejos y carcomidos se desmoronaban a cada golpe de su machete y Mauricio parecía abortir en su tarea. Amenizábala el afanoso muchacho entonando una canción de los negros bozales, cuyo **guirigay** no hablaba él de ordinario.

He aquí la letra de la canción:

Yo sé que Siño Rafé
son guardía de tu bují
que ta namorao de ti
y tú se correspondé.
Toro Francisca lo sè,
ma que me lotés negando,
por eso tu tá prisiando
mi corazón sin felí,
por eso yo vá murí
y pena metá jogando (1)

Se detenía después un momento para amontonar la leña, y luego cortaba y cantaba de nuevo.

(1) Yo sé que Don Rafael—es guardián de tu bohío—que está enamorado de ti—y que tú le correspondes.—Todo, Francisca lo sè—aunque me lo estás negando;—por eso estás despreciando—mi corazón infeliz;—por eso voy a morir— y la pena me está ahogando.

Su voz tenía notas agudas de tiple, y ásperas y profundas de bajo, en esa rara y desagradable mezcolanza que delata la crisis del que fué niño y aún no es hombre. Pero, aunque desagradable, tenía dulces acentos, sobre todo al repetir esta última frase:

“por eso yo va murí
y pena metá jógando;

porque, más que cantarlos, suspirábalos y es sabido que los suspiros del adolescente nunca fueron un ruido tan desigual como su canto.

Pero mientras sus golpes y gritos anunciaban de tan ruidosa manera su presencia en aquel lugar, andaba su imaginación por otros diferentes:

—¡Como pasa el tiempo!—se decía—antes no cortaba yo leña, ni caña! Me pasaba todo el día cuidándola. Ahora apenas si la veo. ¡Y cómo ha cambiado la **niña!** ¡Qué grande está!

Y dirigía una mirada de soslayo al montón de troncos carcomidos que había unos veinte pasos más allá, y sus ojos despedían llamaradas más fuertes y más vivas que los de la hoguera próxima.

Sobre uno de aquellos troncos había una pareja de tórtolas.... no le faltaban más que las alas.

Aurora, con una bata blanca, entre cuyos adornos de encaje apenas se veían unos lazos de color azul celeste muy pequeños, llevaba sus cabellos, que de rubio de oro había los trocado el tiempo en castaño obscuro, en dos trenzas partidos, una de las cuales, adelantándose por encima del gracioso busto, seguía en acompasado movimiento el que la respiración daba a su pecho. A su lado Eugenio, con un traje de dril recién planchado, del mismo color que la bata de ella, y con un magnífico sombrero de Panamá, se entretenía en azotarse las piernas con un latiguillo.

Los dos trigueños y guapos. Porque Mauricio miraba a **niño** Eugenio, y le encontraba los ojos dema-

siado grandes y rasgados, y la boca demasiado pequeña y graciosa, para que no pudiese enamorar a cualquier muchacha, y eso le hacía sufrir horribilmente.... No porque él tuviese celos, que nunca se le habría pasado por la mientes querer a **niña** Aurora más que como una **amita** muy buena, sino porque aquél era un malvado que quería robarle los cuartos a la niña.... Sí, él había oído bien claro "...ochocientos mil durejos de dote.... —Padre, me conviene.... "Su corazón le había dicho lo demás, y era su corazón demasiado fiel para engañarle.... Al pensar en tales cosas, Mauricio chillaba como un condenado. Luego bajaba la voz, y con las notas grave y ahogadas del suspiro repetí:

"Por eso yo va murí
y pena metá jogando."

XIX

Dirigióles de pronto una nueva mirada. ¿Por qué hablaban a media voz? ¡Ah!.... ¿Qué le diría niño Eugenio que ella bajaba los ojos y se ruborizó?

Mauricio se imaginó que habían sorprendido su indiscreta mirada, y la fijó intensamente en el leño que partía en aquel momento, examinándolo o fingiendo examinarlo con grande atención.

El leño era muy poroso: cualquiera de aquellos agujeros podría servir de madriguera al **guabá**. (1) En los troncos casi podridos en que ellos estaban sentados habían también muchos agujeros. ¡Qué bueno que niño Eugenio hubiera acertado a ponerse en uno de ellos, y que de allí saliese el venenoso animalito y le picara!

Y aquello era más que posible, era hasta probable. Pero él no avisaría, y sabiendo que con aplicar fuego en la quemadura el veneno no había de producir la muerte, él haría, sin embargo, como si nada supiese.

(1) Véase el vocabulario.

¿Por qué no saldría el guabá para picar a niño Eugenio?

Un grito interrumpió a Mauricio en sus reflexiones. Pero el grito era de niña Aurora, que con la mano izquierda apretaba contra el brazo derecho la manga de su vestido.

—¡El guabá!

Pensó aterrado Mauricio y tiró el machete, cogió de la hoguera un tizón y se lo aplicó en el brazo a niña Aurora antes de que Eugenio hubiese podido darse cuenta de lo que pasaba.

Al ver que el negro quemaba el brazo de su novia se lanzó sobre él, y Mauricio, que no espera tan brusco ataque, cayó al suelo recibiendo un formidable latigazo.

XX

Ebrio de dolor, levantóse Mauricio del suelo... para recibir los golpes de Mr. Broulon, que había acudido apresuradamente a los gritos de su hija.

—¿Qué has hecho, animal?—gritaba el amo fuera de sí. ¿Qué has hecho?

El negro Juan sostuvo a niña Aurora y al examinar el brazo halló los restos carbonizados de un animalaje que reconoció en seguida: un guabá.

Mauricio no sabía lo que era una cauterización. Una noche le había oído decir al mismo viejo Juan lo que era preciso hacer cuando picaba el guabá, "quemar el veneno antes de que la sangre lo chupase", y por eso había de tan brutal manera quemado a su amita el más leal, el más entusiasta y el más desinteresado de todos sus servidores.

XXI

Mauricio no probó su ración de **funche** con bacalao.

Al fin habían reconocido la eficaz prontitud con que el muchacho aplicó el bárbaro remedio; pero Mr.

Broulon creía que dar satisfacciones al negro era rebajarse, y se limitó a no cumplir la promesa que en el primer momento había hecho, de propinarle un centenar de latigazos.

Así, pues, él, que nada sabía de todo esto, creyendo que había cometido la mayor de las infamias, sentíase anonadado y confuso.

Aurora, la esbelta y graciosa señorita Broulon, estaba con fiebre, y todo por culpa suya!, pensaba Mauricio.

Y allí, en el lugar de sus reflexiones, estaba el muchacho con el codo en el brocal del aljibe y la frente en la mano.

De vez en cuando alzaba los ojos hacia una ventana entornada casi encima de su cabeza.

Aquella ventana pertenecía al cuarto de su amita. La del lado, al de Mr. Broulon.

Debajo de la primera hallábase una de las columnas de hierro que sostenían la casa. Por ella trepaba una enredadera de jazmines.

La niña había hecho poner en el borde de la ventana un listón grueso, del que arrancaba dos hierros por los que se enroscaban los retoños de la plata en forma de marco. Así estaba siempre su habitación tan perfumada!

Pero cuando se olvidaba la enredadera, era cuando la niña aparecía en el centro de aquel marco. Entonces sí que estaba bonita la ventana!

Pero ahora ella no podría asomarse. Estaría sufriendo, sufriendo mucho. ¡Ah! ¿Por qué habría sido tan atolondrado?

¿Por qué no habría consultado antes con su Genio? Hacía tanto tiempo que Mauricio no le contaba sus cuitas, que el ídolo no le querría ya. Los ídolos son muy olvidadizos; necesita frecuentes demostraciones de afecto o continuos sacrificios para que su protección no se intibie, y Mauricio no podía hacerlas, porque desde que era un mozo, tenía tantas y tan

rudas faenas durante el día, que al llegar la noche se entregaba rendido al descanso.

Leco—el lector recordará que el despreocupado Jorge había dicho cierta vez que así se llamaba, y además el mismo genio se lo había repetido—Leco, sin embargo, lo acogería con cariño cuando, lleno de pesar, fuese donde él.

Mauricio tenía, sin embargo, sus dudas. Quizás el genio no deseara verle, después de lo que había hecho.

El mejor medio de saber a qué atenerse era consultárselo,

—¿Quieres que venga aquí?

—Aquí.... respondió la voz desde el fondo del aljibe.

XXII

—Así lo haré, porque quiero que estès contento con tu negrito.

—....gritoo....

—¡Grito! ¿Qué significa eso?— preguntó atónito Mauricio.— ¿Querrá decirme que espere, que me va a dar un grito?.... ¿Qué baje donde él, al fondo del aljibe, cuando oiga un grito?

y así, perplejo y sin saber cómo interpretar aquello, permaneció un momento inmóvil, esperando que algo inusitado viniese a darle la explicación del enigma.

Al cabo de algunos segundos hizo el negro un movimiento de sorpresa.

Había oído encima de él un grito, o más bien un quejido apagado que parecía pedir socorro.

XXIII

Pero aquel sonido no partió del fondo del aljibe, más bien del cuarto de su amita.

Un ligero temblor se había apoderado de su cuer-

po, y una terrible duda de su ánimo. Mauricio se inclinó hacia el aljibe.

—¿Quieres que suba?

—Subaa—le respondió el genio.

Ya no podía dudar: Leco se lo mandaba. Pero... ¿cómo obedecerle? Al abrir la puerta—si no estaba cerrada con llave—le oiría Mr. Broulon y...

Miró a la ventana, acercóse resueltamente a la columna, y, echando hacia atrás el machete que llevaba en el cinto para tener libres sus movimientos, trepó por ella como solía hacerlo por los lisos troncos de las palmas de coco. Agarróse luego al listón en que se clavaban los hierros que sostenían la enredadera, alcanzó por último el borde de la ventana y se deslizó al fin sigilosamente en el cuarto de la **niña**, suavemente perfumado por el aroma de los jazmines.

XXIV

Una vez allí se pasó la manga de su camisa por la frente, de la que rodaban gruesas gotas de sudor, y por las mejillas y la boca, cuyo labio superior sombrecaba un tímido bozo.

Niña Aurora estaba delirando. Tenía los ojos cerrados y extendía los brazos, y con las manos abiertas intentaba separar algún fantasma invisible. Su respiración frecuente revelaba una agitación grande, aunque no tanto como la de Mauricio, que de pie inmóvil, contemplaba la pálida y hermosa cara de la **niña** que la luna besaba con sus plateados rayos.

Ocurriósele a Mauricio una idea, y se arrodilló junto a la cama; quería rezar. Pero hacía tanto tiempo que Agripina no le ponía a repetir las oraciones, que casi las había olvidado. Esto no fué, sin embargo, un obstáculo, y apenas hizo la señal de la cruz empezó una extraña plegaría:

—Padre nuestro, que estás en el cielo y en el fon-

do del aljibe. Tú, mi buen genio, libra a mi amita de todo mal. Quítale las visiones que la hacen sufrir. Vénganos el tu reino, y que se cure pronto mi amita. Genio mío, bendito seas!

¡Qué hermoso es levantar el alma a regiones de lo desconocido! ¡Qué bálsamo tan dulce para los que sienten y creen cuando no hay ni columnas de mármol, ni magníficos candelabros, ni hombres vestidos de colorines, ni instrumentos de gangosa voz, ni hipócritas que se den a un tiempo puñetazos en el pecho!

Nada, nada de esos ridículos convencionalismos. Atravesar sólo la región de los truenos y de los rayos, adonde sólo alcanzan las almas miopes, para gozar hidrópica sed del Bien infinito, y luego volver a la realidad sintiéndose más justo, más bueno, más merecedor del cariño de los que nos rodean y más animado para realizar nuestra pequeña misión en este mundo de las infinitas pequeñeces.

¡Mauricio, Mauricio! ¡Te envidio!

XXV

Pero cuando el alma no está perfeccionada por el hábito del bien las transiciones son bruscas. El fanático y el criminal son dos aspectos de un mismo sér. Aquellos labios, de los cuales brotaba una oración de amor y paz, hubieran arrojado la más horrible injuria sobre el que se atreviese a decir a Mauricio que lo que hacía era una extravagancia. Es más: hubiera pisoteado al que negase los mágicos efectos de su plegaria.

La agitación de niña Aurora iba poco a poco cesando.

Sus descoloridos labios se animaban con una ligera sonrisa, y su respiración era más pausada cada vez y cada vez su sueño más tranquilo.

Mauricio creyó que ya ninguna falta hacía allí, y

se puso de pie rápidamente. Al hacerlo tropezó con la silla en que estaba la ropa de Aurora colocada, y la silla cayó.

El ruido despertóla, y al ver aquella figura tan cerca dió un grito de espanto.

XXVI

—No, **niña**; no grite, soy yo.

Pero el grito de Aurora había resonado en toda la casa, y Mr. Broulon, al oirlo, saltó del lecho y a medio vestir entró en el cuarto de su hija. Mauricio se volvió aterrado al verle, y retrocedió lleno de susto, como criminal sorprendido. Mr. Broulon dirigió una mirada a su hija y otra al negro, y rápido como el rayo se lanzó sobre éste.

—¡Infame! ¡Infame! ¡Qué intentabas!—gritó el amo, por cuyo cerebro debió cruzar una sospecha de que era tan inculpable el pobre Mauricio. Y golpeándole de un modo brutal, le hizo caer.

Agripina, que había acudido también, llamó en vano a la puerta; y como los gritos suplicantes que Aurora dirigía a su padre, y las imprecaciones de éste, y los quejidos y ayes de su maltratado hijo y el ruido de los golpes iban en aumento, la madre desesperada, comenzó a forcejear la puerta con la energía de la locura.

Cuando Mr. Broulon vió a Mauricio caído, lejos de contenerse sintió acrecentarse su furor, y redobló sus golpes sin escuchar las súplicas de su hija ni los lamentos de la madre, que seguía forcejeando por abrir la puerta.

Ya no quería el amo inclinarse; las manos le dolían de tanto pegar; pero aún le quedaban los pies para pisotearle!

Y levantando uno de ellos; dióle tan brutal pisón en la cara que la cabeza de Mauricio chocó fuertemente contra el pavimento.

Al sentir sobre sus labios la planta del verdugo, una revolución horrible, instantánea, debió operarse en el alma de la víctima.

“La bestia bruta se convirtió en bestia feroz”; el sér abandonado a sus instintos se reveló, y sin detenerle un nuevo golpe recibido se puso de pie, brilló el machete un momento en el aire; y Mr. Broulon se desplomó sobre el suelo con una mortal herida en la garganta, de la que salía la sangre a borbotones.

XXVII

Agripina, que consiguió forzar la puerta, aterróse ante aquel horrible espectáculo, cogió a su hijo del brazo, lo acercó al cuerpo del agonizante, y haciéndole inclinarse sobre él, díjole secamente:

—Ese es tu padre.

—Mi padre!... Me alegro! Me alegro!! Calla—añadió con una extraviada tranquilidad—calla, Leco, Leco me espera. Tu grito ha sido la señal.

Y abalanzándose a la ventana, saltó por ella. Su cuerpo tropezó en el brocal y luego cayó en el fondo del aljibe.

Las aguas, que al caer saltaron separándose, volviéronse a juntar luego formando alrededor de cada burbuja rizados círculos, que se empujaban, se extendían y se ensanchaban lentamente.

Ya la luz de la mañana besaba las hojas cuajadas de rocío, y el viejo Juan salía, por el lado opuesto de la casa para el trabajo con su garrocha al hombro, delante de sus bueyes, entonando su copla favorita:

“No saben los adivinos
por dónde el tormento viene,
porque la desgracia tiene
once mil y más caminos.”

EPILOGO

La Academia premió la Memoria de Jorge, y la Prensa parisiense le dedicaba grandes elogios, que reproducía la de los Departamentos.

Sentíase el joven contento y alegre, y bien ajeno a la desgarradora manera con que probaba la naturaleza en aquellos mismos momentos las tesis por él tan brillantemente sustentadas.

¡Qué contraste!

El alma del joven ilustrado, viendo en torno suyo olas de admiración que se empujaban, se extendían y se ensanchaban en un mundo de luz, como se empujaban, se extendían y se ensanchaban las ondas del agua que recibió el cuerpo del niño ignorante en el oscuro fondo del aljibe.